

**PREMIO NACIONAL DE HISTORIA
FRANCISCO GONZÁLEZ GUINÁN**

BANDERAS DEL REY

Angel Rafael Lombardi Boscán (*)

Definición de Fe:

*“es la certeza de lo que se espera
y la convicción de lo que no se ve”.*

Hebreos, Capítulo 11, Versículo 1.

Según Marc Bloch la historia es *la ciencia de los hombres en el tiempo*. Un ejercicio permanente de pensar y repensar las distintas realidades humanas con la finalidad de comprender. Esa pasión por comprender guía nuestros pensamientos y desvela nuestros *trabajos y días* según el decir de Hesíodo, antiguo griego, precursor de la historiografía como disciplina narrativa. Y es que la historia termina siendo arte y narrativa; razón e intuición, reflejo de todas las paradojas que contiene al ser humano. Ya Jorge Luis Borges nos advertía, sobre el laberinto y el ajedrez, como metáforas de una misteriosa existencia, que de acuerdo a la filosofía del *Carpe Diem*, hay que asumir en el aquí y el ahora, en la búsqueda de la plenitud personal y la solidaridad en lo social.

De igual forma, el herético Federico Nietzsche, en una de sus incendiarias *Intespectivas*, nos invitaba a escribir una historia a favor de la vida comprometidos con las circunstancias del tiempo en que nos ha tocado vivir. Por otro lado, es impensable, escribir y vivir la historia sin tener en cuenta la revolución cartesina iniciada en el siglo XVII y profundizada por Carlos Marx, dejando establecido las bondades del pensamiento crítico, el cuál reivindicamos como fundamento de la historiografía moderna, universitaria y profesional.

(*) Historiador y rector de la Universidad Católica Cecilio Acosta del Zulia.

El legado historiográfico representa un esfuerzo colectivo y mancomunado que nos permite confrontar las más variadas interpretaciones sobre los hechos históricos; no obstante, que este debate es en esencia subjetivo, parcial, limitado e interesado. En la historia escrita lo que existe son opiniones, unas peores y otras mejores. El pasado termina siendo irrecuperable; nuestra memoria padece del olvido y los recuerdos dependen de quienes recuerdan. La persistencia del mito y la ficción obedecen a esta dinámica en donde poco importa *la verdad de los hechos*; cada quién recuerda lo que le conviene recordar. Wiston Churchill escribió unas entretenidas *Memorias* sobre la II Guerra Mundial (1939-1945), con las que obtuvo el Premio Nóbel de Literatura en el año 1953; dicho testimonio histórico pasa por ser uno de los más autorizados para entender tan terrible conflicto y todos sabemos que lo que ahí expresa es tan parcial que en un arrebato de sinceridad, el que fuera Primer Ministro de Inglaterra, llegó a decir: *El recuerdo de la historia me será favorable, ya que seré yo mismo el que escriba ese recuerdo.*

Y luego tenemos la imposición de los recuerdos por parte del Estado y los poderes de turno, quienes sin ningún tipo de escrúpulo manipulan el discurso histórico y lo imponen a la colectividad. El recuerdo de la historia termina siendo propaganda, invenciones, fantasía, mito y leyenda, en el fondo, una gran estafa. Los escépticos de la historia tienen bien fundadas razones para sostener la inutilidad del conocimiento histórico.

No obstante, y a pesar de todo eso, es posible la elaboración de un discurso historiográfico pertinente y convincente; bastaría con reunir a los llamados *clásicos* y a todos aquellos capaces en desarrollar un pensamiento original y lúcido. Cuando estamos ante la obra de Miguel Ángel, Erasmo, Cervantes, Beethoven, Picasso o cualquier otro *grande*, es absurdo tomar en cuenta, como limitantes para el valor de su obra, consideraciones como la nacionalidad, la posición político/ideológica o la vida privada que tuvieron. Hoy en nuestro medio existe el consenso de que una buena obra de historia debe ser amena, es decir, debe estar bien escrita y su estilo debe lograr ganarse la atención e interés del lector y que sus resultados sean presentados de una forma convincente, es decir, profesional. El llamado “aparato crítico” terminaría por representar el criterio de objetividad formal al cual se aspira y que se complementa con la integridad profesional del historiador, el cual antepone una *ética de la ver-*

dad partiendo del reconocimiento de la propia subjetividad. Ensanchar el conocimiento apuntando hacia nuevos y amplios horizontes es la meta permanente del historiador.

Ahora bien, quien escribe la historia, es el verdadero protagonista de todo lo que se escribe sobre el pasado. Tengo la convicción que toda obra escrita, sea de la naturaleza que sea, termina siendo autobiográfica. Y que el estudio del pasado sólo es posible desde el respeto a la pluralidad y diversidad. El historiador es un intelectual, un humanista, que para poder expresar sus ideas necesita de un ambiente de plena libertad y autonomía. En consecuencia la defensa de los pilares de una democracia moderna es concomitante a su desempeño profesional.

Banderas del Rey viene a representar un “ajuste de cuentas” sobre mis principales preocupaciones en torno a la historia del país, y de manera particular, sobre el tema de la Independencia. Cuando era estudiante me impresionó mucho un pequeño texto del reputado historiador y antropólogo mexicano Miguel León Portilla, titulado: *El Reverso de la Conquista*. Lo que ahí se presentaba era el testimonio de los pueblos indígenas centroamericanos ante el hecho de la conquista y ante el indisimulado monopolio ejercido por los llamados “Cronistas de Indias”, nos gustó ese acto de justicia en conferirle voz y protagonismo a uno de los tantos y tantos vencidos y derrotados que la historia ha producido y que termina por ignorar. Desde entonces hemos pensado que todo proceso histórico debe darle cabida a las más diversas voces, actores e interpretaciones, sobretodo, aquellas con las que no estamos de acuerdo, exponiéndolas y contrastándolas. De igual forma nos influyó mucho el libro desacralizador y valiente del Dr. Germán Carrera Damas: *El Culto a Bolívar* (1973), quien se atrevió a denunciar cómo nuestra historia estaba prácticamente secuestrada por el mito de El Libertador. Esto, junto al hecho fortuito de estar estudiando en España y tener acceso a sus magníficos archivos y bibliotecas, me llevó a la tarea de escribir una historia de la Independencia desde la perspectiva de los partidarios de la Monarquía. Procuré en todo momento ser respetuoso de los hechos y personajes; recabé documentación privilegiada en su mayoría inédita y me senté a escribir sobre un proceso que necesitaba ser ampliado. Ilustres predecesores me guiaron como: Carraciolo Parra-Pérez, Rufino Blanco-Bombona, Rafael María Baralt, José Gil Fortoul, Mariano Picón-Salas, Vallenilla Lanz, Mario

Briceño-Iragorry, Muñoz Oraá, Germán Carrera Damas e Inés Quintero entre tantos otros.

El lector es en definitiva quien evaluará nuestra propuesta, que hoy, muy generosamente, la Academia de la Historia, permite que pueda ser conocida y difundida más allá de los estrechos linderos de la provincia. Sólo quisiera compartir con ustedes algunos aspectos que bien podrían ser muy puntuales y que pudieran suscitar algún interés y que tratamos extensamente en *Banderas del Rey*.

-El paso de colonia a república (1749-1830) representa el estudio de una transición caracterizada por la violencia y los extremismos; violencia que no nos abandonó y terminó por instalarse por casi ciento cincuenta años luego de 1830. El proyecto modernizador y civilista se debate continuamente en contra de las pervivencias de una pre-modernidad anacrónica que se resiste a morir. En muchos sentidos los grandes ideales de la Independencia siguen pendientes.

-La revalorización y la aceptación del legado hispano es fundamental para reconciliar las muchas herencias históricas y culturales que han hecho posible al venezolano. El país no nació de la nada y la amputación del pasado, por consideraciones político-ideológicas, debe cesar.

-La guerra de Independencia, nuestra llamada “Edad de Oro”, termina siendo un periodo histórico sobrevalorado y desconocido. El mito y el culto a los héroes se enseñoreó sobre un proceso rico en propuestas interpretativas que hoy día merecen ser revisadas, debatidas y compartidas.

-Las consideraciones maniqueas, tan caras a nuestra historia decimonónica, debe reparar en paradojas tan grandes como la de encontrarnos a Boves y Morales acaudillando la sublevación popular del año 1814 que puso en cuestión, tanto los anhelos republicanos, como la estabilidad de los defensores de la sociedad colonial.

-Hay provincias, como la del Zulia, cuya capital, Maracaibo, cometió el pecado histórico de mantenerse leal al Rey Fernando VII; en realidad, fue una lealtad acompañada por la defensa y preservación de sus intere-

ses en contra de los tradicionales rivales caraqueños. Hasta el día de hoy el estado Zulia no tiene estrella en el pabellón nacional.

-La Metrópoli española estuvo prácticamente ausente del conflicto emancipador hispanoamericano; seguir repitiendo que fue un conflicto entre españoles y venezolanos creemos que es anti/histórico. La guerra de Independencia tuvo un carácter autárquico y se dirimió fundamentalmente entre el sector blanco.

-La idea de la Independencia y el nacimiento de la venezolanidad quedó prácticamente confiscada por el sector militar que desde entonces ha creído gozar de unas prerrogativas especiales en la conducción de los destinos del país.

-En el bando realista las disensiones entre el partido civil y militar socavó todas las posibilidades de una resistencia más duradera. El Ejército Expedicionario de la Costa Firme, encabezado por Morillo, estuvo condenado al fracaso ante el abandono de la Metrópoli.

-La historiografía española menoscaba el estudio de la coyuntura emancipadora hispanoamericana por coincidir con su propia guerra de Independencia nacional (1808-1814) que le enfrentó a la invasión de los franceses. Recuperar en paralelo la Historia de España junto con la Historia de Venezuela es fundamental para una comprensión más integral y justa de un proceso visto mayoritariamente bajo la lógica nacionalista y patrioter.

Agradezco al Estado venezolano por brindarme las oportunidades de estudio y formación al más alto nivel; a la Universidad venezolana, cuna de valores universales y humanistas, a la Universidad del Zulia y la Universidad Católica Cecilio Acosta, que me han dado el grato trabajo de enseñar, investigar y publicar; a mi familia y amigos cercanos, por acompañarnos en todo momento; a la Academia de la Historia de Venezuela junto a todos sus respetables miembros, y en especial al jurado que me otorga tan significativo reconocimiento. Y a todos ustedes, aquí presentes, muchas gracias.